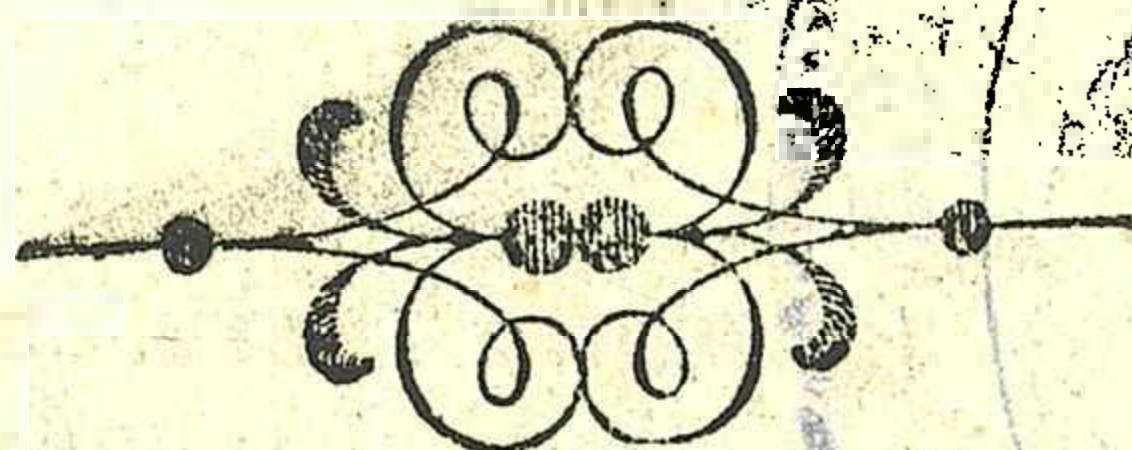


2
86359
B
X 1 A
1649
NARRACION POPULAR.

EL VEINTEICUATRO DE CORDOBA.

POR

D. VICENTE BARRANTES.



CORDOBA.—1859.

Imprenta y lib. de D. Rafael Arroyo,
calle de Ambrosio de Morales, núm. 8.

Reg. n.º 6.152

EL VEINTEICUATRO DE CÓRDOBA.

INTRODUCCION.

Una desgracia muy grande, cuyo recuerdo entristece todas las horas de mi vida, me tuvo encerrado, inmóvil y ocioso, toda la primavera de 1859 en la casa que primero fué de Séneca, y despues de Ambrosio de Morales, hoy ocupada por la Administracion de Correos de Córdoba. La calle en la actualidad lleva el nombre del segundo de los ilustres propietarios de la casa; termina por una parte en la plazuela de Séneca, y uno de mis

balcones caia á la calle de los Pompeyos, paralela á su vez de la de Munda. ¿Puede haber posicion mas literaria?

Junto con estas peregrinas coincidencias mi lamentable estado, que convertia en calabozo una mansion que en tiempos mejores hubiera sido para mí de delicias, solo hallaba solaz mi espíritu en las meditaciones literarias, bálsamo preferible á cuantos la ciencia aplica y el dolor aplaude; en volver los ojos á los pasados siglos, sujetando sus hombres y sus cosas, sus libros y sus monumentos al exámen de la crítica.

Naturalmente los escritores de Córdoba, que cuenta muchos y de relevantes méritos, se habian apresurado á ofrecer su franca amistad al inválido de la literatura madrileña, y mi casa á toda hora se hallaba convertida en un Parnasillo, con dulce consuelo de mi despedazado corazon.

Una tarde, que, entre otras cuestiones, discutiamos amistosamente sobre las bellezas y defectos de nuestro antiguo teatro, que en mi entender vale mas que nuestra historia, con todos sus Covadongas, Pavías, San Quintines y Lepantos, y más que nuestra arquitectura con todas sus Alhambras, castillos

y catedrales, pudiendo ser solamente, sino eclipsado igualado por su hermana la pintura, que á Calderon responde con Velazquez, á Lope con Murillo, á Alarcon con Rivera y á Tirso con Goya; cuando hubo cada cual de los presentes ponderado las cualidades que mas predileccion le merecian en su autor favorito, deshaciéndose éste en encomios de la rotundidad de Calderon, celebrando aquel la galanura y espontaneidad de Lope, y conviniendo todos unánimes en que Tirso puede competir con Molière, así como que Alarcon se dejó muy atrás á cuantos poetas filósofos hubo en su época, en España y fuera de España, viendo la discusion á punto de agotarse, que el repertorio de las alabanzas es por desdicha mas pobre que el de las censuras, ocurrióseme suscitar una verdadera cuestion de aquellas que hubiesen ocupado á los mas insignes comentadores, desde Nasarre y Luzan hasta Mesonero y Hartzenbusch. Tetando estuve de sacar á plaza *las madres*, ó dicho mejor, la ausencia de las madres en nuestras comedias, fenómeno tan raro como digno de estudio, que presta materia á muy curiosas observaciones, pues no parece sino que nuestras damas y galanes de

capa y espada fueran hijos de la tierra, segun los vemos en el teatro desprovistos de esa inagotable fuente de ternura, que es para el hijo el amor de su madre, y de ese escudo contra la adversidad, consuelo en la pena y sol vivificante de la vida, que es la madre para el hijo. Pero esta cuestion me pareció demasiado complexa, demasiado abstracta para tratada en un amistoso arcópago, á la cabecera de un enfermo.

Acordóseme entonces otra que me habia parecido siempre no menos curiosa ni difícil: la exageracion del punto de honra en los maridos. Esta tésis, aunque tambien abstracta, aunque profunda, era de una profundidad mas amena, mas varia, mas digna de aquella ocasion y aquel lugar, pues para discutirla, solamente se necesitaba recurrir á la historia, á las costumbres históricas de los pasados siglos.

Mas de una vez, con efecto, habia yo cerrado *El médico de su honra* ó *A secreto agravio secreta venganza*. diciéndome á mí propio, que don Pedro Calderon, exuberante y grandioso en sus defectos como en sus bellezas, habia exagerado las pasiones de sus contemporáneos; que era imposible que aque-

llos caballeros tan corteses, que sacrificaban su vida por su dama, pusieran en ella la mano, y contaba en resúmen éste entre los lunares de nuestros autores del siglo de oro, que bien pudieran ignorar mucho de fisiología los que andaban en punto á costumbres y geografía tan atrasados como cualquier niño de la escuela.

Grande fué mi asombro al reparar que mi proposición era acogida con extrañeza por los circunstantes, no con esa extrañeza que causa la novedad, sino con la que causa un sentimiento enteramente opuesto. Parecía que todos cayesen de las nubes al oirme, y confieso que mi amor propio quedó un tanto resentido de aquel fiasco, que no podía atribuir á la ignorancia de mi auditorio, *última ratio* de toda personalidad orgullosa.

—Pero señores, exclamé con desabrido tono. ¿Han visto Vdes. en elevada esfera social maridos que maten á sus mugeres y á los amantes de sus mugeres, como el don Lope de Almeida de *A secreto agravio*?

—Hemos visto más, respondieron algunos de mis interlocutores; hemos visto mucho más, y solo puede tildar de exagerado á Cal-

deron, el que desconozca por completo la historia de Córdoba.

—Confieso humildemente que me es casi desconocida, dije aprovechando la ocasión de retirarme con honra del palenque. Yo solo sé de la ilustrada corte de los Abderramanes lo que nos enseñan nuestros mancos historiadores. Sé por consiguiente mas de la Córdoba romana, y de la Córdoba musulímica, que de la Córdoba de la edad media, de la cristiana.

—Ese defecto justamente, dijo un profundo erudito, catedrático del Instituto cordobés, y escritor conocido y apreciado en las principales academias españolas; ese defecto de nuestros historiadores, es justamente la causa de que nos parezcan fenómenos ciertos hechos extraordinarios que no se esplican sino por las costumbres, por el estado social de los pasados tiempos; que no se esplican, en una palabra, por la historia, sino por la filosofía de la historia. Bien es verdad que nosotros, que en estos momentos los criticamos, incurrimos en otro error no menos grave, llamándolos pomposamente historiadores, cuando solo fueron simples cronistas, que sin adelantarse jamás al espíritu literario de su épo-

ca, llevaban á sus compilaciones el mas ciego materialismo, la estúpida fatalidad que tanto en los árabes aborrecian. El hecho, el acontecimiento histórico, debe ser únicamente para el escritor lo que la línea para el arquitecto, lo que el polo para los navegantes; la raíz, el punto de mira, la *machina* de los antiguos que espera al *Deus* que ha de moverla; y nuestros escritores los miraban por el contrario como alma y cuerpo, como espíritu y forma, como único y exclusivo todo de sus infolios indigestos. No sabían bajar desde el acontecimiento al corazón de la sociedad en busca de sus causas generadoras; porque el fanatismo los tenía acostumbrados á ver ciegamente en los sucesos la obra de Dios, como veían los árabes la de la fatalidad. Nunca dirá Mariana por qué sucedió tal ó cual cosa, qué nubes se amontonaron en el horizonte para producir tal ó cual borrasca, cuáles fueron los caracteres distintivos de tal ó cual civilización caída ó levantada; y si por acaso el acontecimiento, es en su forma plástica, tan notable que le merece especial mención, lo atribuye á milagro y negocio concluido.— Quien dice Mariana, dice nuestra historia;

